

UNA ORQUIDEA PERFUMADA DE LA SELVA



María Hilaria Kajékai

UNA ORQUIDEA PERFUMADA DE LA SELVA

María Hilaria Kajékai



ROSA MARIA HILARIA KAJEKAY
1940 - 11 - XII - 1965

UNA ORQUIDEA PERFUMADA DE LA SELVA

"Después de haber estado en el extranjero y lo
vivido intensamente con los ojos de esta-
los de virtud y con estas maravillas
de los países extranjeros."

UNA ORQUIDEA PERFUMADA DE LA SELVA

"Deseó ardientemente el Bautismo y lo vivió intensamente con luminosos destellos de virtud y con ansias irresistibles de los bienes eternos".

Presentación

Acabo de leer la biografía de HILARIA KAJEKAI escrita por el P. Luis Carollo, Provicario de nuestro Vicariato de Méndez, conocedor de la familia y del ambiente en que vivió la biografiada.

Hemos querido, al darla a la imprenta, contribuir modestamente a las fiestas de este Primer Centenario de las Misiones Salesianas, once de Noviembre, 1875-1975, en que San Juan Bosco envió a la Argentina a diez de sus mejores hijos.

Hoy, aquellos misioneros se han multiplicado por ciento, trabajando en los cinco continentes.

Nuestro Vicariato Apostólico, creado 18 años después, ha contribuido de modo providencial, en sus 82 años de existencia, a realizar el mandato del Señor "Id, predicad a todas las gentes", y a dar vida a los sueños proféticos misioneros de Don Bosco.

Durísima fue la primera etapa de la vida (1893-1920) en nuestro oriente misionero. Siembra penosa de gran sacrificio y escaso fruto a partir del único centro, Gualaquiza. Muy limitado el personal misionero, ninguna familia jibara o shuar totalmente cristiana, carencia total de vías de comunicación... Al finalizar se contaba tan sólo con tres sencillas residencias.

En el período 1920-1960, la expansión y el desarrollo fue abundante y firme. Se crearon los internados para ambos sexos; escuelas numerosas, elementales; entran a colaborar las Hijas de María Auxiliadora; se abren hospitales y dispensarios médicos... Al terminar ya hay once centros de vida, muy pujantes.

Y, en el tercer período, 1960 al año actual, se han abierto la mayor parte de Estaciones actuales (anejos y centros shuar) en número de 142; se han creado Colegios medios básicos; idem artesanales y agrícolas. Se organiza la Federación de Centros Shuar con 82 centros; se inician las Escuelas radiofónicas; se organizan las cooperativas de ahorro y ganaderas... Quince son los centros en que vive de modo permanente el sacerdote.

El ojo menos perspicaz intuye en esta enumeración que es realidad y en ningún momento triunfalismo vano, una labor que principalmente va dirigida a cumplir el mandato del Señor: Evangelizar, dar a conocer a Jesucristo, plantar la Iglesia local en íntima unión con la Iglesia universal.

Premio a estos trabajos, dado por el Supremo Pastor, han sido preciosas perlas, cuyos destellos fulguran en este mar verde amazónico. Una de ellas la tienes delante, en la vida de Hilariá Kajékái, de un temple de acero, de un espíritu de fortaleza que nos hace recordar a las Santas de estas tierras de América: Mariana de Jesús, Azucena de Quito; Rosa de Lima; Laura Vicuña, de Chile...

Logre la lectura de estas páginas despertar en las jóvenes shuar, sobre todo, un amor grande y permanente a Jesucristo, a la Iglesia Católica, a sus semejantes, imitando el celo de su paisana que tantos ejemplos de virtudes nos ha dejado su breve morada en esta tierra.

Septiembre 8, Natividad de María, 1975

JOSE FELIX PINTADO,
Obispo-Vicario Apostólico de Méndez.

En pos de un recuerdo

Eran los últimos días del mes de Setiembre de 1943. Dos meses antes había terminado en Cuenca mis estudios de Filosofía a la vez que el Colegio Normal y me correspondía por lo tanto, recibir la primera "obediencia", que no tardó en venir.

"Maestro y asistente en la Misión de Limón". ¿Maestro?... bien; no me costó entenderlo cuando, al iniciarse el año escolar, me pusieron frente a 70 niños de Preparatoria y de Primer Grado. Pero... Asistente? de quiénes? —"Eh!", me contestó el bueno del P. Schmid, Director de la Misión, "hay que ir a buscarlos. Los jibaritos viven en Zarambiza (Yankúsas) y en Yunganza (Yunkuánkas). El próximo sábado iré yo a Zarambiza y el siguiente me acompañarás a Yunganza".

"Filii tui de longe venient!" y... qué lejos estaba entonces Yunganza... geográfica y espiritualmente.

Después de una hora de viaje a pie, dejando tras de nosotros las últimas casitas de los colonos, penetramos en una zona de selva muy tupida, surcada por riachuelos y atravesada por quebradas, en donde apenas se podía ver de tanto en tanto algún resto de huerta o vivienda de los shuar que se habían retirado hacia zonas más seguras y tranquilas.

"Aquí en este llano" (la plaza de la población de Rosario, destruída por un derrumbe el 7 de Julio de 1974), me decía el P. Schmid, "estuvo la jibaría de Antuash. En este otro lugar (algo más abajo), el año 1936, de paso a Limón viniendo de Méndez, oía los gritos y llantos de las jíbaras, lamentando la muerte de su esposo, Wajárái, victimado en Miachi por los jíbaros de Indanza". Recuerdos de un pasado teñido de sangre y que no estaba muy lejano.

Cuando al fin, después de unas cinco horas de camino, nos asomamos a la colina, desde la cual pudimos divisar el valle del Yananás, vimos los restos de una huerta y casa, abandonadas unos meses antes; supimos, luego, que había pertenecido a Kajékái, quien había pasado a vivir a una hora de camino de allí al otro lado del río; esa tarde hubiéramos llegado a pernoctar en su casa.

Y fue precisamente en este lugar, denominado por los Shuar, Tsankáp, donde, hacia fines del año 1940, nació MARIA HILARIA KAJEKAI, la joven shuar de la que vamos a hablar.

Para quienes conocemos de cerca la vida y las costumbres de los Shuar, y en especial de las jovencitas en edad matrimonial, nos llenamos de admiración y asombro frente a MARIA HILARIA, no pudiendo menos de admirar en ella un rasgo característico de esa Munificencia Divina que hace brotar flores de santidad en donde le place. Los breves rasgos biográficos que he trazado a continuación, recogidos de labios de testigos presenciales y fidedignos, nos lo demuestran; mientras quieren ser un homenaje a la misión de salvación y de santidad que recibió San Juan Bosco, hace cien años, de María Auxiliadora, al enviar a sus hijos a este Continente Latinoamericano.

EL AUTOR

Yunganza (Yunkuánkas)

Las aguas que la Cordillera del Cruzado vierte por el costado oriental, en la zona que se extiende inmediatamente al norte del actual carretero Gualaceo-Limón, se reúnen al pie de la pequeña cordillera del Plan del Milagro, en su intersección con ésta, para formar el río Yunganza. Este, después de engrosar su caudal, con el aporte de ríos y riachuelos que le vienen sobretodo de la margen izquierda, corriendo siempre hacia el norte, después de recibir el Metsankim, describe un arco hacia oriente y va a verter sus aguas en el río Paute (Namankas). Su recorrido está calculado en unos 60 kilómetros y da lugar a la zona conocida con el nombre de Valle del Yunganza.

LIMON está situado en la parte alta del valle. La parte baja tiene su centro en la unión del Kumas con el Yunganza. Aquí es donde, a fines del siglo pasado, surgió y se desarrolló un núcleo familiar muy compacto y característico, que tuvo por padre y jefe a un shuar denominado Kúkush.

Una de sus mujeres, Rosa Inishá, era hermana del famoso capitán Sharupi que, en aquel tiempo, dominaba la zona de Limón; pero que la fue luego entregando, por fuerza de circunstancias, pedazo por pedazo, a los numerosos colonos que acudían desde la Sierra en busca de vida. Hoy en día su familia en parte se ha extinguido y en parte se halla dispersada en otros lugares.

Kúkush tuvo de Rosa Inishá, los siguientes hijos varones, en orden de tiempo: Juan Shiki, Chiriap, Kajékái, Wampáshu y Mashútak. El primero murió asesinado en Patúka y los demás viven.

Este grupo de hermanos ocupó con el tiempo y llegó a dominar toda la zona baja del valle de Yunganza. Se caracterizaron siempre por su inteligencia, espíritu de trabajo, bravura y belicosidad. Hubo un tiempo en que sus casas estuvieron reforzadas y protegidas por gruesas empalizadas como medio de defensa para el caso, muy frecuente entonces, de ataques enemigos; casi todos ellos llevan en su cuerpo las señales de las pasadas luchas.

Era ley entre los shuar que a mayor grado de fiereza y bravura correspondiera un mayor número de mujeres, obtenidas gradualmente ya sea por derecho natural, tratándose especialmente de hermanas, ya sea por transacciones normales o como botín de guerra, según era costumbre entre ellos.

A esta situación de tipo ordinario, se añadió para nuestro grupo de hermanos, otra de orden extraordinario y ocasional. Fue motivada por la invasión peruana de 1941. Una orden muy precipitada e inconsulta de un oficial, en la zona del Zamora-Santiago, llevó a una matanza indiscriminada, y a la desaparición casi total, de varias familias shuar. Se salvaron las mujeres "jóvenes" y los niños. Los hijos de Kúkush, encontrándose un tanto al margen de la zona de beligerancia, hicieron en cambio, ostentación de "patriotismo" y este gesto y actitud les trajo de consecuencia, un aumento de mujeres, esposas de los shuar asesinados. De ahí provino, en parte, la poligamia tan ostentosa que tuvieron y tienen aún algunos de ellos.

No hay duda de que el que más poder tuvo de entre y sobre los hermanos, fue Kajékái. Llegó inclusive a hacerlo reconocer por las Autoridades Militares, de quienes logró obtener el título honorífico de "Capitán", a cambio de una ayuda periódica de personal de cargueros que tenía que suministrar para el transporte de víveres a La Unión (del Paute con el Zamora), para abastecimiento de los Destacamentos militares de la zona del Santiago.

Kajékái tuvo diez mujeres: Mamácha, Yampánik, Maánchi, Tsuntsumánchi, Yamáinchi, Ipiáku, Yapakáchi, Juana, Yampánas, Pakesha. De ellas Yapakáchi, Juana y Pakéscha le vinieron de las matanzas del Santiago.

Creo conveniente en este punto precisar algo con relación a la poligamia de los Shuar. Esta responde en efecto a las exigencias mismas de la vida y cultura shuar. Sin tratar de manera alguna de justificarla, creo sería igualmente injusto emitir de ella un juicio superficial que se fundamentara exclusivamente en nuestros esquemas morales y familiares.

La vida del pueblo shuar giró siempre alrededor de su eje natural, la FAMILIA. Pero, una familia aislada, aunque bien estructurada, que, sin embargo, no llegó nunca a formar parte de una organización tribal o de un conjunto poblacional, de acuerdo a nuestros esquemas socio-familiares y aún de los esquemas de otros pueblos y culturas que solemos denominar "primitivos".

La Fecundidad, como principio de vida que se renueva constantemente, en el hombre, en los animales y en los vegetales, y que adquiere formas y expresiones de vida a través de sus leyendas y creencias, fue considerada siempre como un valor superlativo. Por otra parte, las continuas

luchas, con el saldo consiguiente de muertes de hombres, a la vez que conservaban el equilibrio demográfico, arrojaban un saldo de mujeres viudas que eran absorbidas por aquellos que tenían derecho tribal sobre ellas. De esta manera toda mujer debía ser casada y lo era cuando se presentaba un pretendiente cuyo derecho era reconocido.

Está claro, y ya lo dijimos, que la prestancia y autoridad de un shuar se medía por el número de mujeres.

En este contexto de vida y cultura, ya podemos formarnos una idea de la recia personalidad de Kajékái; y, de consecuencia, del mando que ejercía sobre la región de Yunganza y de la consideración, a la vez que cierta sumisión, que le tenían sus hermanos y demás habitantes.

Ejerció también, por mucho tiempo, la brujería, siendo, por lo mismo, su casa, por esta y las demás razones, un centro muy concurrido de shuar, propios y extraños.

Hoy Kajékái vive todavía... y, a pesar de sus 70 y más años, aún ostenta seguridad de sí mismo, firmeza en el hablar y cierto aire aún de superioridad y astucia.

María Hilaria Kajékái

Fue la tercera hija de Kajékái y Yampánik, habiendo sido precedida por una hermana, Entsá, y por un hermano, Alfonso Senkuán. Luego le siguieron otros cuatro hermanos: en total, siete vivos, a los que hay que añadir dos muertos.

Poco conocemos de sus primeros años de vida. Cuando el papá abandonó la colina de TsanKáp para pasar a vivir al otro lado del río Yananás, María Hilaria ya podía caminar. Es el recuerdo que de ella tiene la mamá.

El primer episodio de su infancia, digno de ser recordado y que nos proporciona a la vez la tónica de su vida, ocurrió hacia los once años de edad. Para comprenderlo es preciso recordar la costumbre de los shuar, de entregar, niñas aún, a sus hijas al que será su esposo. Al preguntarles, en más de una ocasión, el porqué de esta costumbre, siempre contestaban: "Primero criando, después casando".

Por otra parte, el que se había casado con la hermana mayor, tenía derecho a las otras hermanas menores. La primera hermana de María Hilaria, Entsá, había sido entregada por esposa a Nunínki; a éste le correspondía, por lo mismo, también María Hilaria.

Consta de todas las declaraciones de los papás y parientes, que María Hilaria no aceptó nunca,, aún siendo de tierna edad, el matrimonio ni con Nunínki ni con ningún otro shuar. Sin embargo, en el plano práctico, qué podía hacer una niña de 10 años frente a una tradición y sobre todo frente a la terca voluntad de su papá? Fue entregada, por lo tanto, a Nunínki.

El episodio que sigue ocurrió por el mes de Marzo o Abril de 1951; ella tenía once años de edad. Se encontraba en aquel entonces al frente de la Misión de Limón el P. Otto Riedmayer.

Subieron a Limón Kajékái con Nunínki; este llevó a María Hilaria. Una de las visitas "reglamentarias" de todo shuar que iba al pueblo, sea en día domingo o en cualquier otro día de la semana, era a la Botica de la Misión. Allí era el saludo a las Hermanas, allí las atenciones médicas y la compra de remedios, allí el encuentro con las hijas, internas en la Misión. La puerta que de la Botica daba al corredor y patio internos, constituía el paso "ilegal" o privado, pero a la larga se había tornado ya en paso ordinario, frente a la incomodidad de tener que abrir y cerrar el portón que daba al zagúan. La natural curiosidad de las niñas shuar internas, las impulsaba a correr hacia esa puerta toda vez que notaban la presencia de algún shuar; quizás podían ser los papás... o los hermanos... y naturalmente la Hermana de la Botica no demoraba mucho en encontrar a la hija, para quien el papá o la mamá traían siempre, con el saludo, un envoltorio "consistente y agradable", fruto, muchas veces, de la última pesca o cacería.

Kajékái y Nunínki no podían, por lo tanto, faltar a la visita; estaba también María Hilaria. Bien podemos hacernos cargo de los sentimientos que habrá experimentado la

niña al ver a las Hermanas, a las internas... de cuál era el proyecto que acariciaba desde tiempo si, aprovechando un momento de descuido del "esposo", pensó en penetrar en la Misión para quedarse allí. Se filtró por entre la gente que abarrotaba la botica, traspuso la puerta "ilegal" y corrió a mezclarse, llena de alegría, con las internas. Quizás fue éste el primer momento de verdadera libertad que tuvo en su vida. Pero... fue sólo un momento y muy fugaz... Por ciertos movimientos y gritos del papá y del "esposo", cayó en la cuenta de que era buscada; en tal caso no pensó sino en encontrar un escondite. Atravesó corriendo el patio y se dirigió hacia la casa vieja de las Hermanas, que ya no existe; entró al comedor, de allí pasó a la salita de corte y, penetrando más adentro, fue a esconderse en una de las celdas de las Hermanas. Como no se sintiera segura tampoco allí, trepó al desván, desde donde, ante la implacable persecución del "esposo", se dejó caer en un cuarto cerrado. Al final, fue sacada a la fuerza de allí y por esa vez... la aventura había terminado.

Había terminado? Quizás más preciso sería el afirmar que allí había comenzado la verdadera historia de su alma. La semilla había sido echada ya en el surco; tendría que pasar el invierno, un invierno que duraría nueve años, para al fin brotar y fructificar en la maduración penosa, lenta pero segura y consciente, de lo que había constituido la aspiración y el deseo íntimo y profundo de toda su vida: llegar a la Misión en donde Dios le esperaba.



Patio interno de las Madres Salesianas en la Misión de Limón.



La cruz que vela los restos mortales de María Hilaria en el cementerio de Limón.



Kajékai con su mujer Yampánas, la única que le ha quedado y uno de los hijos.



La población de LIMÓN (General Plaza), vista desde la salida hacia el Norte.

En paciente espera

Por de pronto el episodio narrado vino a coronar positivamente todo un proceso de rechazo al matrimonio con Nunínki y a toda otra propuesta de futuros matrimonios, que María Hilaria había mantenido con firmeza y constancia admirable. El papá no tuvo otra alternativa que reintegrar a la hija al hogar, aun manteniendo siempre la secreta esperanza de que, al pasar de los años, la hija hubiera recogido lo que en ese momento rechazaba, en forma tan drástica, quizás por inmadurez o algún prejuicio. Caso un tanto raro, aunque no único quizás, en la historia familiar de los shuar.

Los nueve años escasos que transcurrieron después de esto, no registraron ningún episodio extraordinario. La mamá afirma que María Hilaria fue siempre obediente, trabajadora, atenta y caritativa.

Uno de sus rasgos característicos, que lo vemos luego brillar en su vida de interna en Limón, fue esa cortesía, esa amabilidad, esa caridad solícita que usaba con cualquier persona que se presentaba en la casa. "No sabía que más ofrecerle a cualquiera que entraba", son palabras de los mismos papás y hermanos.

El papá, no obstante lo ocurrido, la quería y le tenía un aprecio especial, pues la virtud se impone sola. Y ella no

podía ocultar, y se lo repetía a menudo, que deseaba ir a la Misión...

Le sobrevino la pubertad que en nada alteró sus sentimientos ni su anhelo íntimo y profundo.

Aquí surge espontánea una pregunta: por qué el papá no la dejó ir al internado de la Misión, siendo así que allí estaban otras hermanas de Hilaria?

El hecho de haberla entregado ya a Nunínki, a pesar de su reintegro a la familia, constituía el principal obstáculo. Pero, además, hay que reconocer que Kajékái nunca entregó espontáneamente sus hijas al internado. Las que en él estaban habían llegado gracias a circunstancias de fuerza mayor, muy al margen de su voluntad. La antigua tradición shuar por la que el incremento y ampliación del grupo familiar y su robustecimiento frente a los demás grupos, se realizaba con la entrega en matrimonio de las hijas, casi siempre en tierna edad, pesaba sobre Kajékái más que cualquier otro interés de orden formativo o espiritual.

Pero, volvamos a María Hilaria. Asegura la mamá que nunca la oyó "hablar mal"; algo verdaderamente heroico para una jovencita shuar! Aunque no sería exacto afirmar que existe en el shuar el turpiloquio, de acuerdo a nuestra definición y a nuestro criterio valorativo moral, sin embargo una jovencita que se abstiene de participar en esas conversaciones, de suyo tan frecuentes y ordinarias en el mundo shuar, manifiesta ser sencillamente "extraordinaria".

Prosigue la mamá: "no era caprichosa"; otra actitud "fuera de serie" para el shuar. El, en efecto, es tipo primario y las reacciones rápidas, violentas, bruscas, contrastantes... forman parte de su temperamento, de su idiosincrasia.

Sin embargo, María Hilaria era alegre... le gustaba el baile, los cantos, la cordialidad, sin salirse de los límites que impone la prudencia.

Narra Julio Wajárai, primo hermano de María Hilaria: "Por aquel tiempo, abandonando la casa y propiedad que tenía en Píkius, vine a vivir en lo que hoy es el centro de la población de Yunganza. María Hilaria frecuentaba mucho mi casa. Me aseguraba la mamá que para venir donde mí, siempre le pedía permiso. Le gustaba muchísimo oírnos rezar, sobretodo el Santo Rosario. Aprovechaba de esos momentos para pedirme que la llevara a la Misión... que quería ser cristiana... En la casa nunca pasaba de balde: se prestaba para cualquier trabajo, barría, etc. La noté siempre seria, de conducta intachable... no ví en ella nunca ninguna maldad".

Con estas palabras, así sencillas y escuetas, que no necesitan de comentario alguno, pues son de por sí elocuentes, cerramos este segundo período de la vida de María Hilaria. Mientras tanto, ella se acercaba ya a los veinte años de edad. Estaba madura para la lucha, condición indispensable para llegar a la liberación. Dios permitió el incidente que narraremos a continuación para romper, una vez por todas, las ataduras familiares que la detenían todavía y poder así realizar su sueño.

Una calumnia — El segundo intento

Miguel Antonio López había venido desde Bucay a Yunganza, a visitar a su hermana Virginia, esposa de Julio Wajárai y allí había permanecido cerca de un año. Eran los días en que María Hilaria visitaba con frecuencia la casa.

Una de las mujeres de Chiriap, Yampánik, llegó a la casa de Julio en busca de un perro. Procediendo en forma completamente superficial e infundada, no ciertamente malintencionada, levantó una calumnia a cargo de María Hilaria y se apresuró, de regreso a la casa, en convencer de ello a su esposo. Estando éste en Limón, en buena fe, no demostró en informar de eso a Kajékái.

De regreso a la casa, Kajékái, sin averiguar si tal acusación podía tener algún fundamento, castigó severamente a la hija. El cuerpo había quedado desfigurado y lleno de cardenales.

Fue este episodio, permitido por Dios, lo que precipitó la fuga de María Hilaria. No habían pasado quince días de esto, cuando ella, de noche, abandonó la casa paterna y se refugió donde Julio, utilizando para el caso, no ya el sendero común, por donde quizás hubiese podido ser alcanzada, sino uno que iba más alto y atravesaba una zona muy enmarañada y difícil. Apenas entró a la casa, pidió y suplicó

en seguida a Julio la llevara a la Misión. "Mi papá sólo bo-r-racho...", adujo como causa de su fuga.

Julio, conociendo a fondo la seriedad de María Hilaria, no dudó en enviarla en seguida a la Misión, con un pariente, Víctor Lalama, utilizando para el caso, y siempre para despistar la persecución, un sendero poco frecuentado y que atravesaba las cabeceras de las propiedades.

Tal actitud de protección y ayuda provocó en Kajékái un fuerte resentimiento hacia su sobrino (Julio Wajarái es hijo de su hermano Juan Shiki), que ventajosamente no le acarreó mayores consecuencias.

Mientras tanto en la Misión, las Hermanas, ante el pedido serio y formal de la joven y la relación que de su caso hizo Víctor Lalama, no dudaron en recibirla. Era el mes de Diciembre de 1959.

Transcurrido el primer momento de alegría y satisfacción por encontrarse María Hilaria por fin en el lugar que tanto había deseado, no pudo ocultar la preocupación por lo que todos, y ella sobretodo, se esperaban o sea la reacción del papá.

Ante lo ineludible, María Hilaria suplicaba a la Directora, Sor María Bosio y le decía: "Mi papá vendrá; tú me-quinará bastante. No quiero ir casa".

Durante esas horas de penosa espera, María Hilaria vivía de sobresaltos... Al asomarse algún shuar a la Botica o al zaguán, creyendo fuera su papá o uno de los suyos, corría a esconderse. Al fin ocurrió lo que todos se esperaban; pasaron dos días y llegó el papá.

Lucha desigual

Llegaron a la Misión el papá, la mamá, un tío y algunos hermanos. María Hilaria, sintiendo que se aproximaba ya la tormenta, trató de sortearla siquiera por unos momentos y fue a esconderse en el cuarto de la Directora.

Kajékái: —Dame mi hija.

Directora: —Cuál es?

Kajékái: —Hilaria... Hilaria... casa tiene que venir... hija ya vendida... para qué quieres hija casada?

En diciendo estas palabras, Kajékái trató de forzar la entrada. "No te pases porque llamo a la policía", le conminó la Directora.

No se atrevió a más el furibundo Kajékái. Mientras tanto la Directora juzgó conveniente ir a buscar a Hilaria. La encontró en su cuarto. Como quien busca un último y desesperado asidero, María Hilaria se agarró de la Directora, cogiéndose del hábito, mientras le iba repitiendo: "Yo no quiero casar. Aunque mate, aquí quedo".

En este punto intervino también el Director, P. Silverio Equísoain, a quien le dejamos por un instante la pluma.

"Verla y empezar una gritería, amenazas, como es costumbre entre ellos, todo fue una misma cosa, sin saber a

quien echar la culpa si a ella o a la Misión, o mejor dicho culpando a ambos. Ella, cabeza baja, mirando al suelo, escudándose detrás de la Hna. Directora, sorteaba la tormenta sin proferir palabra. No logran convencerla para que los siga. Cansados de las palabras pasan a los hechos; comienzan por la fuerza a cogerle de los brazos, la halan, la empujan; pero... todo inútil. Yo mismo quedé extrañado ante una fuerza y valor sin igual en una joven como aquella. Verdaderamente María Auxiliadora le daba un auxilio especial ya que no pudieron hacerle caminar ni un par de pasos. Tras unos minutos de descanso e indecisión se repite la escena de forcejeos, gritos y amenazas en tono superior y siempre con el mismo resultado. Presente a la escena tuve que insistirle a María Hilaria que por el momento accediera y fuera con ellos para que después pudiera entrar en razón con todos; no era así la voluntad del Señor. Ante la constancia y santa terquedad de Hilaria por quedarse en la Misión, el papá, por otra parte hombre muy inteligente, pidió un momento de reflexión, al cabo del cual sentenció: "Bueno, no haré nada... te dejaré venir dentro de mes cuando hayas concluido trabajo de chacra".

Hilaria conocía al papá y sabía, no obstante todo, que si ofrecía, cumplía. Por lo tanto bastaron estas palabras para que aquella tormenta amainara por completo. Todos depusieron su actitud hostil y airada, siguió un silencio profundo; en seguida reinó la paz e Hilaria, que antes parecía un gigante por su valor y hombría, iba ahora como un manso corderito al lado de las otras mujeres del grupo, sin que nadie la forzara. Estaba empeñada la palabra del cacique, del brujo, de su dueño: que todo eso era su papá y nada había que temer... Al tiempo fijado se vieron los deseos hechos realidad".

Hasta aquí el P. Silverio. Durante el altercado, la Directora mandó a algunas internas a rezar en la Iglesia. Al

final Kajékái dio la mano a la Directora, en señal de reconciliación.

"Voy", le dijo a Sor Bosio María Hilaria, "rezarás bastante; si no deja venir, escaparé".

Un mes escaso se quedó María Hilaria en la casa. Trabajó, hizo lo que pudo... presentía que su casa y su familia las iba a dejar para siempre.

En dos ocasiones fue a la casa de su primo Julio a preguntarle cuánto faltaba todavía para que se completara el mes.

Al final, faltando aún unos cuatro o cinco días para el tiempo establecido, fue, por fin, a Limón, acompañada por su hermano Héctor y su tío, Antonio Mashútak y entró para siempre en la Misión.

Caminando hacia el Bautismo

María Hilaria deseó ardientemente el Bautismo y lo vivió intensamente con luminosos destellos de virtud y con ansias irresistibles de los bienes eternos. Entraba en la Misión de Limón a los 20 años de edad. Llegaba en una edad en la que las demás jovencitas coetáneas sólo piensan en el amor y, si abandonan su casa, lo hacen para seguir los impulsos del corazón; llegaba aureolada por un triunfo que le había representado años de sufrimiento, de lucha y de paciente espera.

Difícil es describir la alegría, la paz, la felicidad que sintió al encontrarse en una situación que había constituido el sueño de toda su vida.

Apenas entró, corrió a abrazar a la Directora y a las demás Hermanas y... fue inmediatamente a la Iglesia. No era todavía cristiana pero Dios ya la poseía desde niña. Su mirada reflejaba una alegría indescriptible y agradecida.

Si alguien le preguntaba: estás contenta ahora?, no acertaba a contestar sino con sonrisas, monosílabos y pocas palabras. Su rostro, un tanto sombrío, reflejaba en su mirada la blancura de su alma que, aún antes de ser regenerada por las aguas bautismales, ya la tenía purificada del pecado de origen por el ardiente deseo de ser cristiana.

En cumplimiento de su palabra, el papá permitió que entrara a la Misión, pero... desde entonces dejó de amarla. Y, cuando venía a visitar a las otras hijas, a ellas, sí, les obsequiaba golosinas, mientras a Hilaria ni siquiera la tomaba en cuenta. Sin embargo, ella no dejaba nunca de ir a saludarlo. Nunca quiso darle gusto llevándole a la mamá para que la saludara.

—Por qué no la traes? —le decía una Hermana;

—Porque tiene que cuidar casa —le respondía.

—Por qué no llamas a Hilaria?

—Bueno, que venga —pero no le daba ninguna atención. María Hilaria solía repetir: "Yo sufro ausencia de mamá e indiferencia de papá, por amor a Jesús".

En una ocasión la Directora le preguntó: "Quieres ir a ver a tu mamá?" —"No, jibaría yo no quiero ir; quiero vivir y morir aquí".

Había la costumbre entonces en nuestros internados, de que las chicas permanecieran en la Misión aún durante las vacaciones largas. El primer año en que se les permitió ir a sus casas, se fueron todas, menos María Hilaria. No quiso ir ni nadie la convenció de que se fuera.

Cada vez que su primo Julio la visitaba, no acababa de repetirle: "Yus yuminkramsati". —Que Dios te recompense por todo lo que has hecho por mí.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, a causa de su edad avanzada, frecuentó la Escuela por dos años, no sintiéndose molesta al sentarse al lado de las niñas de Primer Grado; alcanzó a dominar discretamente la lectura y la es-

critura. Cuentan que hasta en la cocina, durante sus momentos libres, se ejercitaba en firmar, lo que le permitió obtener la Cédula de ciudadanía.

Sor Mercedes López la preparó al Bautismo y a la Primera Comunión, lo cual ocurrió simultáneamente, a los dos años de haber entrado a la Misión. Con insistencia pedía, antes de eso, a la Directora le permitiera ser admitida a la Primera Comunión. Y Sor María Riva afirma: "La ví una joven extraordinaria. Tenía un vehemente deseo de hacer la primera Comunión".

Al asistir a las clases preparatorias, era siempre la primera en hacerse presente y literalmente "bebía" lo que decía Sor Mercedes. No contenta con escuchar y repetir la Doctrina, hacía miles de preguntas y, más aún, en los momentos libres, buscaba a la Hermana encargada para que la instruyera en privado, pues humildemente reconocía que, por haber llegado ya grande al internado, sabía menos que sus compañeras.

El día 24 de Mayo de 1962 debía ser para ella un día doblemente blanco y venía a representar un hito de importancia vital en su vida espiritual. Ataviada con la vestidura blanca y acompañada de ocho compañeras internas más, se acercó a recibir las aguas del Bautismo para recibir luego a continuación la Eucaristía. Verdaderamente este primer encuentro con el Señor debió ser un encuentro de "amigos" que ya se amaban, pero que se unían en ese momento en un estrecho abrazo, del cual María Hilaria no se hubiese desprendido ya más.

Lámpara ardiente

Afirma Sor Rosa Vargas, que fue su asistente: "Desde que hizo la Primera Comunión, no perdió ya a Jesús. Comulgaba todos los días; intensificaba cada vez más sus visitas a la Iglesia". Mas aún, la misma Hermana no dudó en decir: "Desde que conoció a Dios, lo amó."

A su antigua Directora, Sor María Bosio, le escribía a Chiguaza: "Te rezo todos días; te diré que nunca pierdo comunión; estoy contenta, estoy aprendiendo escribir, coser...".

Consta de todas las declaraciones recibidas que la Primera Comunión produjo en María Hilaria una profunda transformación; señaló para ella el comienzo de una nueva etapa de vida, la última... Si antes su alma "naturalmente cristiana" se orientaba irresistiblemente hacia Dios, ahora, ya no cabía duda alguna, lo poseía enteramente y participaba de su vida divina con total entrega de sí misma.

Su ingreso a la Misión representó para ella el logro merecido de una felicidad total y completa; ya no pensó en nada más; se sintió plenamente realizada; le pareció que ya no necesitaba pedirle nada más a la vida. Pero, fue después de su inserción total en Cristo por el Bautismo y la Eucaristía, que ella comprendió que su nuevo "Esposo" la llamaba y no pensó sino en prepararse...

A la pregunta, de orden natural, que se le dirigía a ella como a toda otra joven de su edad, interna en la Misión: cuándo puestas casarte?, María Hilaria contestaba: "Por qué tengo que casar? Por qué no puedo quedar sin casar?".

—No quieres volver con Nunínki?

—No, yo no quiero ni con él ni con otro.

Estaba dispuesta a morir antes que casarse, afirma Sor Bosio.

Para comprender en toda su profundidad esta actitud y estas expresiones, pensemos que el matrimonio ha sido hasta la presente fecha, el único camino honorable y obligado para una mujer shuar.

Las Hermanas les tenían prohibido a las internas que fueran a hacer visitas a la Iglesia, durante el día, pues para algunas de ellas, era aquella la oportunidad de fáciles "encuentros". María Hilaria pidió permiso de poderlo hacer y se lo concedieron en vista de su seriedad y de su virtud, eran visitas muy fervorosas... No miraba ni se preocupaba de nadie.

La piedad sincera y sentida compenetraba todos sus actos y la hacía vivir en un clima sobrenatural. "Yo quiero amar Jesús", decía; "dime qué tengo hacer; siento deseo amar más Jesús". Las Hermanas le hacían comprender como el cumplimiento del propio deber era el medio más fácil para agradar a Dios.

Sor María Riva afirma: "Era verdaderamente un ángel".

Están también acordes las Hermanas en afirmar que toda vez que por un motivo u otro, tenía que pasar por la

Iglesia, se detenía siempre unos instantes ante el Sagrario para saludar a Jesús.

Su piedad era fuerte y constituía el móvil y el sostén principal de su actividad apostólica. Cumplía siempre y en la mejor forma cualquier encargo que se le hacía. Sonreía siempre y dejaba transparentar en sus acciones y en el modo de hacerlas, la felicidad de su alma. Sencilla y modesta siempre en cuanto a su modo de vestir. En su funeral mereció estar acompañada por un nutrido grupo de Hijas de María, vestidas de blanco.

Uno de los encargos que le proporcionaba mayor satisfacción y que lo desempeñaba con especial interés, casi se diría con devoción, era el trabajar o el prestar cualquier servicio en la Iglesia. Barrer, limpiar el altar, cambiar las flores, lavar y planchar la ropa del altar, pero, sobre todo, preparar las hostias. "Era limpia y delicada", nos refiere Sor María Riva, "tenía gusto en este trabajo; lo hacía con devoción".

El día jueves, por la noche, antevíspera de su muerte, Sor Rosa Vargas la encontró en la ropería:

—"Hilarito, qué estás haciendo?".

—"Estoy preparando hostias" (en preparación a la fiesta del 12 de Diciembre, Virgen de Guadalupe, Patrona de Limón).

—"Deja, ya habrá tiempo para esto..."

—"No, no... yo ya no voy tener tiempo; ésta es última vez... Sábado, día de Virgen estaré con Ella. Aquí está todo bien limpio y ordenado... yo ya voy morir..."

Sor Rosa se sonrió, creyendo que fuera una broma. En cambio fue la despedida de ese oficio que tan cerca la había tenido de Jesús.

Trabajadora incansable

—Hilaria, vaya a lavar...

—Bueno, voy...

Por el camino a alguien se le ocurría ordenarle: —Hilaria, vaya a barrer.

—Bueno, primero voy lavar, después iré barrer.

Nunca se negaba; todo lo aceptaba y lo cumplía, en cualquier momento, de día o de noche; siempre pronta, atenta a prestar cualquier servicio, a dar la mano al que la necesitaba. Era el paño de lágrimas de las Hermanas.

Afirma Sor Rosa Vargas: "Costaba enormemente conseguir que las internas asearan en debida forma los higiénicos, debido a esa repugnancia natural que en ellas se acentúa mucho más. María Hilaria nunca se rehusó y aceptaba de buena gana hacer ese oficio.

Y Sor María Riva: "Ella nunca se negaba a ningún requerimiento. No tenía preferencia con ninguna Hermana; las respetaba a todas y a todas las obedecía por igual. Después de cumplir con lo que se le ordenaba, volvía para decirnos que lo había cumplido y preguntaba: qué más debo hacer?"

A nadie le gustaba zurcir las medias... "Dónde vas, Hilarito? —Voy zurcir medias con Sor Mercedes, pues nadie quiere ir".

Al proponer a las internas algún trabajo extra o un poco más difícil, se oía sólo la voz de Hilaria: Voy yo.

El día en que tocaba paseo, y con mayor razón cuando se presentaba la oportunidad de algún paseo extraordinario, aún las que trabajaban en la cocina, querían ir. Hilaria se quedaba: "Que vayan compañeras... yo puedo quedar", decía con una sonrisa y una gracia especial. Rara vez, y sólo mandada, salía de paseo.

Tenía un trato sumamente exquisito, al que acompañaba una profunda intuición de las personas y de las cosas. Manifestaba una educación y una finura extraordinarias, no ciertamente fruto de educación alguna sino expresión de ese equilibrio interior que era la resultante de un largo y tenaz ejercicio de virtudes, dominio de sí misma, que había logrado gracias a esa presencia de Dios que ella sentía en sí misma aún antes del bautismo.

Y nuestra admiración sube de punto si consideramos el carácter y el temperamento de las demás jovencitas shuar que por lo general y debido quizás al choque cultural, a la destrribalización y a la introducción en la vida de ellas de estructuras nuevas que llevan al individualismo, presentan reacciones de inconsciencia, volubilidad, mal soportando trabajos pesados o compromisos exigentes. Esto nos lleva a creer sinceramente que María Hilaria se presenta frente a todo el grupo de compañeras internas y, aún más, frente a las jóvenes shuar de su tiempo, como una "excepción", como un "original" que no ha tenido "copia"; y todo esto, considerado en el marco de circunstancias de su vida y de su muerte, nos induce a creer de verdad en una presencia extraordinaria de Dios en su alma, correspondida por su parte en grado heroico.

No ha tenido nunca un solo capricho, arguyen las Hermanas, por todo el tiempo que ha pasado entre nosotras.

Las mismas Hermanas, conversando entre sí, en más de una ocasión, se decían: "Si ni nosotras somos como ella...".

Caridad heroica

En más de una ocasión, María Hilaria se atrasaba al comedor.

—“En dónde has estado?”, le decía la Asistente.

—“En lavandería, porque chicas hicieron mal”.

Era cosa natural en ella acabar las tareas que habían dejado a medio hacer las compañeras; arreglar y ordenar lo que encontraba fuera de puesto o tirado malamente; y, lo que es digno de mención, procedía siempre con mucha discreción y en silencio.

No le faltó en alguna ocasión la justa reprensión de parte de las Hermanas, en el sentido de que, procediendo de esta manera, las compañeras se acostumbraban mal... que ellas debían terminar el trabajo empezado, pero siempre prevalecía la “ciega” caridad de María Hilaria.

Es cosa connatural en las internas shuar el no acusarse de alguna falta cometida públicamente, y menos aún privadamente. Pues ocurría que ante el requerimiento de la Hermana de “quién fue?”, María Hilaria contestaba sin falta, acercándosele con humildad: “Yo he sido... yo lo he hecho”.

—“Pero, no, Hilarito, tu no lo hiciste...”.

Y ella: "Como chicas no contestan... es para que tú perdones".

Se sentía fuertemente solidaria con sus compañeras y estaba dispuesta a recibir y a sufrir cualquier castigo, cualquier sufrimiento por ellas. Aceptaba en sí misma toda la responsabilidad de algún mal procedimiento de ellas y, ante el hecho, era pronta a presentarse ante la Hermana para pedirle perdón como si se tratara de culpa propia.

Nos cuenta su ex-Directora, Sor María Riva: "Cuando las internas subían la escalera para pasar al segundo piso, para entrar generalmente al dormitorio, no era infrecuente que alguna ligerita manifestara con un grito su alegría o su inconformidad; o que tal cosa la hicieran conjuntamente algunas de ellas. Pasaban unos instantes y se me acercaba María Hilaria: "Hermana Directora... perdonarás compañeras, si todavía no han pedido perdón".

Igualmente cuando notaba que la Asistente estaba triste, contrariada por el mal comportamiento de alguna de ellas, se le acercaba y, con una manera suave y delicada: "No sufras", le decía, "perdonarás compañeras".

Y estas mismas palabras se las solía reeptir a menudo por la noche, en el dormitorio, antes de acostarse, por los disgustos que eventualmente le hubiesen causado sus compañeras a lo largo del día.

Afirma Sor Rosa Vargas: "Cuando se daba cuenta que la compañera faltaba y no iba a pedir perdón, se ponía a rezar".

Para con las Hermanas no sólo guardaba respeto y sumisión, sino que las rodeaba de mucha caridad y comprensión.

Un año, la Asistente de las internas, Sor V. L., se encontraba muy decaída en su salud; era natural que esto re-

percutiera en la vida y en la marcha del internado. Las chicas habían formado un bloque en su contra; la única que no estuvo con ellas y que se puso resueltamente del lado de la Hermana, fue María Hilaria.

Con las compañeras era afable y buena. Cuando llegaba una nueva interna, era la primera en acercarse, en dirigirle la palabra, en interesarse por ella, etc.

Sor María Bosio fue su madrina de bautismo. Se encontraba un día enferma una chica interna; Sor Bosio se encontraba muy cansada a causa del trabajo del día. María Hilaria, al verla en esas condiciones: "Yo, madrina", le dijo, "te voy ayudar... tú descansa".

Pero, como a todas las almas nobles y generosas, también a María Hilaria le llegó el momento de la prueba dura e infamante y precisamente de parte de esas mismas compañeras, por las que ella tanto sufría y se prodigaba.

Cuenta Sor María Riva: "Un día la vi triste... Cosa insólita! pues siempre irradiaba alegría y paz". —"Por qué estás triste, Hilarita?". No contestó.—"Dime, qué te pasa?" —Al fin abrió la boca. "Te voy avisar pero no para que hables (reproches) compañeras; sólo porque tú pides. Chicas están diciendo que yo tuve criatura... no es verdad; Dios es testigo". Unas dos compañeras, movidas únicamente de la envidia, se habían atrevido a levantarle tamaña calumnia.

Sor María se volvió a las dos calumniadoras y en tono calmado pero serio: "Díganme si es cierto... Hilarito les va a perdonar". No hubo respuesta... mientras las compañeras que se habían arremolinado a su alrededor, repetían en coro: "Hilarito inocente... Hilarito inocente".

percorrer en la vida y en la historia del internado. Las chicas habían formado un bloque en su contra; la única que no estuvo con ellas y que se puso resueltamente del lado de la Hermana fue María Hilaria.

Con las compañeras era dulce y buena. Cuando iban de una nueva internada era la primera en acercarse; en dirigirlas la palabra, en interesarse por ellas, etc.

Sor María Berto fue su madrina de bautismo. Se en-contraba en dieciséis años internada; Sor Berto se en-contraba muy cansada a causa del trabajo del día. María Hilaria al verla en esas condiciones: "Yo madrina", le dijo: "Te voy ayudar... te descansaré".

Pero, como a todas las chicas nobles y generosas, tam-bien a María Hilaria le llegó el momento de la gran dura-da. Eufemias y muchachos de parte de esas mismas com-pañeras por las que ella tenía tanta y tan profunda

Querida Sor María Berto: Un día la vi triste. Las muchachas que siempre me decían "¡Berto, que te casarás!" me contestó: "¿Cómo, que te casarás?" — "¿Te casarás la Berto?" — "Te voy a casar con una que ha-berá (muchachos) compañeros, sólo porque me piden. Chicas están diciendo que yo soy chata... no es verdad. Dios es testigo". Una de las compañeras me dijo: "Únicamente de la envidia se habían atrevido a levantarle tanta columna".

Sor María se volvió a las dos columnas y en tono calmado pero serio: "Querida Sor Hilaria, ¿te acuerdas a persona? No hubo respuesta. Mientras las compañe-ras que se habían atrevido a su atrevido, repellen en-coro: "Hilario inocente".

“Yo quiero morir...”

Era el 10 de Diciembre de 1965, víspera de la muerte de María Hilaria. Se encontraba ella dedicada a sus faenas diarias; y, como siempre, serena, tranquila y en perfecto estado de salud. Al acercársele casualmente Sor Rosario López, se atrevió a hacerle una “confidencia”... que en ese momento revestía el carácter de “anuncio”; pero... lo hizo sin emociones, quizás con una “punta” de alegría como cosa esperada desde tiempo...

—“Mañana... voy morir”, le dijo sin ambages María Hilaria.

—“Cómo lo sabes?”

—“Yo siento que mi cuerpo ya no tiene vida”

—“Para qué quieres morir?”

—“Para ir allá... (le señaló el cielo)

—“Se podrá morir cuando uno quiere?” —le replicó la Hermana como para cuestionarle y restar importancia a su afirmación.

—“Claro... cuando uno quiere, Dios también quiere”
—le respondió Hilaria.

—“No pienses en morir, Hilarito”, terminó diciéndole Sor Rosario, como para concluir el diálogo, pues le parecía aquello, en ese momento, una ilusión; “hay que seguir sirviendo a Dios hasta cuando nos preste la vida”.

El diálogo se había concluido; el anuncio de su muerte ya lo había hecho... así, en pocas y pobres palabras, tal como ella lo sentía, sin demostrar temor alguno, como algo natural...

Sor Rosario termina diciendo: “Después de esto, continuó hablando en voz baja, como avergonzada, quizás, de haber descubierto un secreto que guardaba en lo íntimo de su alma y que, al salir a la luz perdía su aroma y su encanto.

Que María Hilaria pensara desde tiempo en la muerte era cosa que se suponía y que ella lo manifestaba con su actitud y toda su vida, pues no le atraía ni el matrimonio ni la vida de los shuar; pero, que ella “quisiera morir”, que deseara esa muerte como en repetidas ocasiones se lo había manifestado a su confesor, el P. Silverio Equísoain, era algo no sólo desconocido sino inexplicable. Efectivamente en casi todas sus confesiones, le repetía al confesor: “Padre, yo quiero morir...”

El P. Silverio no había querido nunca penetrar en el misterio profundo del alma de una joven shuar de poco más de veinte años que **pide** morir; le parecía aquello una violación de algo sagrado, muy íntimo... A veces se le ocurría que podía ser aquello una veleidad, un impulso espontáneo motivado por una vida intachable, pero... tal no nos parece ahora que tenemos ya una visión tan clara de toda su vida.

Trataremos de descifrar con humildad y delicadeza este misterio, teniendo que abandonar, para esto, naturalmen-

te la visión humana de las cosas para elevarnos al nivel sobrenatural.

Nos parece que el deseo de morir en María Hilaria, fue el "compás" final y lógico de una sinfonía divina que transformó su vida y la elevó a las esferas superiores; y esto, desde que tuvo uso de razón hasta el día de la "llamada" a la vida eterna. Sólo así se explican sus dos "fugas"... su alegría y la paz del espíritu que la compenetró a su ingreso en la Misión.

Pero, si es cierto que el encuentro pleno y personal con Dios se lo puede realizar sólo con la muerte, qué de extraño tiene el que María Hilaria repitiera tan a menudo: Quiero morir? Toda su vida no había tenido otro sentido sino éste: buscar a Dios con ansia incontenible.

Y en realidad, todo ese afán en el trabajo, sin concederse descanso alguno; esa solicitud en servir a todos sin distinción; ese "no negarse" a nadie ni medirse en la entrega; esa caridad alegre y generosa a la vez que heroica; esa paciencia en soportar las debilidades ajenas... no eran quizás la expresión y el signo de un apremio interno que le venía del "verdadero ESPOSO" a "quemar las etapas" de la vida, a acortar el tiempo, a llenar de aceite la lámpara, para el encuentro de las "verdaderas Bodas?".

Nada extraño, por lo tanto, que ante este requerimiento insistente del "Esposo", ella repitiera: **"Yo quiero morir"**.

La última noche — Santa muerte

En una ocasión, María Hilaria había manifestado a su Directora, Sor María Riva, algo que sonaba a profecía. "Yo moriré pronto", había dicho, "y en día más grande de Limón: mucha gente me acompañará cementerio...".

El día 12 de Diciembre representa para la Misión y la población de Limón, una fecha de múltiples recuerdos: Fiesta de su Patrona, la Virgen de Guadalupe; Aniversario de la Cantonización de Limón-Indanza y aniversario de la muerte del Fundador de la misión y población de Limón, P. Tomás Pla. Es, por lo tanto, una fecha en la que propios y extraños inundan la población para participar en el nutrido programa de festejos y de actos conmemorativos que se celebran. Es la Fiesta Mayor de Limón.

El día 10 de Diciembre, María Hilaria, había quedado, después de la cena, con algunas compañeras para completar algún preparativo de la fiesta. Después de eso se había servido con ellas un postre especial; lo hizo más por condescendencia que por necesidad...; nadie podía decir de ella que era golosa.

Mientras tanto en los patios de la Misión, del lado de los Padres, iba a tener lugar un encuentro nocturno de basket entre un equipo local y otro venido de Gualaquiza. La Directora se aprestaba a llevar a las internas shuar al jue-

go, cuando de pronto María Hilaria le dijo: "Hermana Directora, si permite voy dormir".

—"No quieres venir a asistir al juego?"

—"No, estoy cansada..." —Fue a rezar y luego se acostó.

El jefe del equipo de Gualaquiza pidió a las internas hicieran "barra" por ellos, ofreciéndoles en cambio un paquete de caramelos. Triunfó efectivamente ese equipo. Mientras la Hermana Directora distribuía los caramelos a las internas, en el corredor alto de la Misión, cerca del dormitorio, se presentó también María Hilaria y: "Hermana Directora, a mí no me va dar caramelos? aunque yo no merezco porque no hice barra".

Regresó al dormitorio. Hacia las dos de la madrugada sobrevino lo inesperado. María Hilaria se sintió mal... vomitó insistentemente. En un primer momento trató de dominarse para no incomodar a las compañeras que dormían a su lado, pero... el mal se precipitaba. Las dos compañeras corrieron a llamar a la Directora, quien desde hacía veinte años había ejercido la enfermería. No quedó duda alguna: se trataba de un colerín. No escatimó Sor Riva ni atenciones ni remedios, pero no logró detener el mal. En cuantas ocasiones, en un caso similar, con una intervención oportuna, había logrado superar la crisis, pero en este caso no pudo. Entonces pensó en acudir al Médico de la población y lo fue a llamar a eso de las cinco de la mañana. "Doctor, venga...", le decía llorando. Se le suministró suero pero inúltimente...

"Haga todo lo posible, doctor, para salvarla", le insistía la Directora al médico.

“Así lo estoy haciendo... pero, cómo usted la quiere tanto?”.

—“Doctor, usted no sabe lo que es esta chica...”, le respondió la Hermana.

Mientras tanto las campanas llamaban a la Misa de la Vigilia de la Fiesta.

—“Quiero ir a la Misa”, le dijo Sor Riva a María Hilaria.

—“No me deje sola”, insistió Hilaria”, “...voy morir”.

El día anterior se había confesado. Con todo pidió la presencia del sacerdote; acudió el Padre Lino Ocampo.

—“Padre, voy morir; quiero confesar, comulgar; ayúdame... muero”.

Mientras recibía con devoción los sacramentos, se retorció por los dolores y no atinaba sino a repetir: “Diosito ... muero... Diosito... muero”.

A las 6,30 de la mañana, María Hilaria entregaba su alma a Dios. Tenía 25 años de edad... era el día 11 de Diciembre de 1965.

Marcha triunfal

En aquellos días se encontraba también en Limón nuestro Vicario Apostólico, Mons. José F. Pintado. Pocos días después, al viajar a Quito, habló al que esto escribe, con gran interés, con cierta admiración y hasta emoción, de la muerte de una interna shuar de Limón... de una participación masiva del pueblo en su entierro...

El que escribe no la había conocido a ella personalmente aunque mucho había tenido que ver con su familia. Con todo no había dejado en esa ocasión de admirarse de que el Obispo hablara "ex profeso" y en tono subido, de la muerte de una joven shuar... No habían muerto y no seguían muriendo tantas otras jovencitas shuar? A qué se debía esta excepción? Pero, tenía razón, María Hilaria no había sido como las demás; se trataba de un caso especial y extraordinario.

Después de su muerte, numerosas personas de toda clase y condición, de dentro y fuera de la población, acudieron a la Misión a dar su pésame. El cuerpo de Hilaria, cuidadosamente amortajado y vestido de blanco, fue colocado en la sala del cuarto grado de la escuela, velado por las Hermanas y sus propias compañeras, a quienes tanto había ella amado y ayudado en vida.

Acudieron, en la tarde de ese mismo día, también sus parientes: entre ellos el papá, y también la mamá. Esta no

había ido nunca a Limón en vida de Hilaria: fue una de las penas y sufrimientos de Hilaria, ocasionados por el papá; lo había soportado todo con cristiana resignación. La mamá, sin preocuparse mayormente de la presencia de la gente, dio rienda suelta a su dolor con llantos, gritos y actitudes propias de los shuar, mientras repetía: "Mi hija buena... defendía cuando Kajékái bravo". Y que Hilaria hubiese sido buena, lo decían todos: las Hermanas que reconocían haber tenido una muchacha extraordinaria, las compañeras, quienes ante la realidad de la muerte, no podían menos de recordar todos esos rasgos sobresalientes de caridad y de amor que Hilaria había tenido con cada una de ellas...

Y en cuanto al funeral, celebrado en la mañana del mismo día 12 de Diciembre, se cumplieron sencillamente las palabras de Hilaria: fue un concurso masivo de las Autoridades y de la población reunida con motivo de las Fiestas; fue una verdadera marcha triunfal.

Se dejaron momentáneamente a un lado los actos conmemorativos, postergando el mismo desfile para la última hora de la mañana, para acompañar hasta el humilde cementerio de Limón no a una hija de la población sino a una humilde y sencilla hija de la selva, que en su haber, frente a toda una población, no tenía sino el haber deseado intensamente el Bautismo y haberlo vivido con una fidelidad heroica.

*
**

Querida Hilaria! hoy no es sólo la población de Limón la que rinde el homenaje póstumo de su admiración a una virtud que la tuviste en grado heroico; somos todos los Misioneros y Misioneras del Vicariato que nos postramos

ante tu persona en actitud reverente y humilde de reconocimiento a tus méritos y a tu santidad; para decirte que vemos en tí bendecido nuestro trabajo de más de ochenta años en esta parcela de la Iglesia, y para pedirte que, desde el cielo, bendigas a todos los de tu raza y de una manera particular a tus familiares; y a nosotros nos implores de Dios la fuerza y la constancia de poder realizar en todos ellos las maravillas de virtud que Dios se ha dignado obrar en tí.

ÍNDICE

1	Prescripción
7	Un pos de un recuerdo
9	Yungueta
13	Maria Hilario Kaiti
17	En paciente espera
21	Una columna — El segundo intento
23	Lucha desigual
25	Caminando hacia el Bautismo
31	Laborer ardiente
35	Trabajador incansable
37	Caridad heroica
41	Yo quiero morir
45	La última noche — Santa muerte
49	Marcha triunfal

I N D I C E

	Pág.
Presentación	5
En pos de un recuerdo	7
Yunganza	9
María Hilaria Kajékái	13
En paciente espera	17
Una calumnia — El segundo intento	21
Lucha desigual	23
Caminando hacia el Bautismo	27
Lámpara ardiente	31
Trabajadora incansable	35
Caridad heroica	37
“Yo quiero morir....”	41
La última noche — Santa muerte	45
Marcha triunfal	49

